



Sectas

**Patologías
Sectarias**

Se ha solido atribuir la incorporación a las sectas al desequilibrio psíquico, incluso a la “locura”, de los directivos y adeptos. Las connotaciones peyorativas de la palabra secta y la no rara identificación de secta con secta destructiva aparecen excluir de las sectas a las personas normales. Esta concepción suele proceder del psicoanálisis freudiano que tiende a considerar como una enfermedad las experiencias religiosas, sobre todo las más intensas. Pero está demostrado (M. Galanter) que el número de “locos”, de “raros” –en el sentido técnico de la ciencia psiquiátrica- en las sectas no es generalmente mayor que la media presente en la población ordinaria, a no ser que se acepte el criterio positivista, pseudocientífico, que permitiría llamar “loco, raro” a todo el que profesa ideas religiosas catalogadas como inadmisibles por el relativismo, el agnosticismo y el neopaganismo imperantes en el mundo occidental de nuestro tiempo. No obstante, algunas sectas provocan “trastornos personales”, o sea, producen consecuencias psicopatológicas, ya por su sistema de vida, ya incluso por sus mismas creencias. Son las calificadas como “dañinas” en este diccionario (cf. *peligrosidad*), es decir, las que no son

“destruictivas”, no matan a la persona, pero trastornan la personalidad, causan psicopatologías o notables alteraciones psíquicas que requieren la atención y cuidado psiquiátricos. Las sectas gnósticas nos brindan un caso paradigmático. Como la materia es mala, sus adeptos se someten a la “alquimia interior”, un proceso ascético muy rígido para conseguir que el alma, libre de las ataduras corporales, vuele por los espacios siderales y se ponga en comunicación con espíritus benéficos que le hagan partícipe de sus peculiares poderes. Esta actitud y tensión causa estados esquizofrénicos o escisiones psíquicas, enfermedad incurables por ahora y en una proporción realmente preocupante al menos atendido el número que yo conozco de adeptos de las modernas sectas gnósticas y el de gnósticos aquejados de esquizofrenia y en tratamiento psiquiátrico. La esquizofrenia puede afectar a los simples adeptos de algunas sectas, pero no es una enfermedad específica de los fundadores y líderes. Un esquizofrénico es incapaz de atraer, menos de arrastrar a otros; de hecho a veces se siente tan “partido” que no puede atenderse y dirigirse a sí mismo. En cambio, los fundadores y líderes están expuestos a trastornos paranoides (estado morbooso de delirios relativamente sistematizados, aires/vientos de grandeza con o sin manías persecutorias por parte de personalidades, etc.), “histriónicos” (búsqueda continua y como necesidad de llamar la atención junto con inestabilidad emocional), narcisistas (“enamoramamiento” de la propia belleza, cualidades,

etc., al estilo del Narciso de la mitología clásica) y de inestabilidad emocional. Esta patología es manifiesta en cuantos se proclaman “encarnación de Jesucristo, Dios, etc.” (cf. *Jesucristo*). Piénsese asimismo en los vinculados a lo ufónico, tanto los “abducidos” (cf.) como los que creen tener “contactos” (cf.) telepático (cf. *telepatía*), incluso físico, con extraterrestres. Los síntomas detectan trastorno catalogables como “delirantes” (creencias falsas por obra de una inferencia incorrecta de la realidad, pertinazmente sostenidas a pesar de la evidencia de lo contrario) o como “psicótico” (desequilibrio grave del sentido de la realidad, alteraciones notables del juicio crítico y desorganización profunda de la personalidad). En el s. XVI el afán de lo místico degeneraba a veces en psicopatías de arrobos, revelaciones, “iluminados” y “alumbrados”, de “endemoniados”, que, por una parte, recibían los cuidados de los médicos para solucionar su problema, o trastorno y, por otra, podían ser entregados al Consejo de la Santa y General Inquisición. Un fenómeno similar, aunque “secularizado”, se da en nuestros días por el afán tan obsesivo de lograr “iluminación” (cf.), los estados alterados de conciencia, que para ello recurre a “los alucígenos/drogas sagrados” (cf. *ayahuasca, peyote, neoindigenismo*, etc.) e incluso a medios mecánicos productores de las ondas beta (cf. *mística*, n.5a). Piénsese también en el control mental (cf.) practicado en algunas sectas. Cf. *Gnosticismo, peligrosidad, trance*.

Bibl.: HUERGA TERUELO, A., *Los alumbrados de Baeza* (Instituto de Estudios Gienenses, Jaén 1978) 123 (las psicopatías de los

alumbrados, la atención médica, etc.); LANDAU, M.-LALICH, J., *El terrible poder de las sectas* (Tikal, Madrid s/d) 99-109, 164ss, 265ss,269ss, (la sombra de la indecisión, el cambio y la carga del lenguaje, la “flotación” y otros estados alterados de conciencia, la angustia de la pérdida de memoria, las ideas obsesivas, la distorsión cognitiva, etc.); POLAND-LORENTE, A., *Las sectas y los problemas personales*, en AA. VV., *Tres reflexiones sobre sectas (Educación, Psiquiatría, Opinión Pública)* (Inst. M. de Azpilicueta, Pamplona 1999) 65-97 (“problemas personales” o consecuencias psicopatológicas generadas o derivadas a partir de las creencias sectarias” enraizadas en un substrato patológico personal, sobre todo de los adeptos, también de sus familiares); *Id.*, *Psicología patológica*, I-II (Univ. Nacional de Educación a Distancia, Madrid 1995) (definición y características de esquizofrenia, paranoia, histrionismo, etc.)